

Domingo 32º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 25,1-13

Hoy la palabra de Dios centra nuestra atención en una de las actitudes que mejor caracterizan la vida del cristiano, la esperanza. Buena falta nos hace que Jesús en el evangelio nos advierta del riesgo que corremos, cuando no nos preparamos con diligencia para su llegada, ni nos proveemos con imaginación hasta que se presente. Y es que vivir hoy esperanzados no resulta fácil: con esfuerzo y sin lograrlo del todo, los hombres nos hemos creado un mundo, quizá, muy organizado y más justo, pero que no nos da muchas, o - al menos - buenas, razones para la esperanza. Lo que aún hoy no hemos conseguido en la vida, no mantiene viva en nosotros la ilusión ante el mañana: nos contentamos con lo que logramos darnos hoy. Lo que está por venir, nuestro porvenir y el de los nuestros, no suscita en nosotros las mejores energías ni alienta ulteriores esfuerzos. No sabemos ya sacrificarnos por algo que todavía no tenemos; sólo luchamos por lo que podemos perder y no ya por cuanto aún esperamos.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

¹«*Se parecerá el reino de los cielos a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo.*

²*Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas.*

³*Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; ⁴en cambio, las sensatas se llevaron alcuas de aceite con las lámparas. ⁵El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.*

⁶*A medianoche se oyó una voz: "¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!"*

⁷*Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas.*

⁸*Y las necias dijeron a las sensatas: "Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas".*

⁹*Pero las sensatas contestaron: "Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis."*

¹⁰*Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.*

¹¹*Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo: "Señor, señor, ábrenos."*

¹²*Pero él respondió: "Os lo aseguro: no os conozco."*

¹³*Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora.»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El último gran discurso de Jesús en Mateo (24,1-26,1) está dirigido solo a los discípulos, quienes, entusiasmados por la espléndida visión del Templo desde el monte de los Olivos, se quedaron de piedra al oír que Jesús predecía el final, inmediato y total, de 'ese' mundo. Preguntado sobre el *cuando* acaecerá (24,3), Jesús adelanta algunas señales (24,4-41), pero lo que le urge es advertirles de que y, sobre todo, *cómo* hay que prepararse: "Velad, pues, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor" (24,42).

La parábola de los diez vírgenes (25,1-13) quiere ser una apremiante llamada a la vigilancia. Parte de hecho de vida: una comitiva de jóvenes, doncellas más que vírgenes, acompañaba al novio en su trayecto de regreso de la casa de la novia a la propia casa. Pero se da algo insólito: un novio que se precie no retrasa la celebración de su boda. El retraso, inexplicado en el relato (25,5), es una posibilidad con la que hay contar con ello. El relato centra su atención en el deber de estar preparados para cualquier eventualidad, también la de una inesperada y larga espera. Si hay que esperar a quien no llega y si no se sabe cuándo pueda venir, habrá que prepararse para una espera sin fin cierto y proveerse de lo necesario para velar. Porque sólo participarán en la fiesta no las que no hayan dormido, sino cuantas, ya despiertas, hayan mantenido sus lámparas encendidas. Quien dispone de luz en la noche entra en el banquete de su Señor. Lo que distingue prudentes de necias no es el sueño o la larga espera, sino la previsión. Que el Esposo pueda llegar en cualquier momento, en mitad de la noche incluso, obliga a velar sin improvisar, sin depender de los demás, haciendo acopio de lo necesario. No basta, pues, con esperar, ni siquiera con permanecer 'vírgenes' ya que el Esposo sólo quiere ser acompañados de 'prudentes', personas que velan por saben que está por venir su Señor y que se han provisto del aceite que ha llenar de luz su tiempo de espera. Quien quiera ser reconocido y entrar en el banquete, deberá velar siempre y con luminosidad asegurada.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Mateo inicia el último gran discurso de Jesús, en el que quiere prevenir a su comunidad contra la seguridad que una vida cristiana puede alimentar. Quienes aún esperan algo, no lo tienen todavía todo. No se pueden sentir seguros los que tienen a su señor por venir aún; el contenido, pues, de su esperanza, es, asimismo, criterio de su discernimiento. No por el hecho de presentar Jesús su exhortación como parábola, es menos grave su advertencia.

La historia refleja bien las costumbres del tiempo de Jesús: un cortejo de jóvenes llevando candelas acompañaba a la novia hasta la casa del novio. El retraso inesperado de éste demora la fiesta; la luz se hace aún más necesaria, esa luz

cuyo mantenimiento era su responsabilidad. No sabiendo cuándo se presentaría el esposo, algunas se proveyeron de aceite: su prudencia les introdujo en la fiesta. No basta con vivir esperando al señor para gozar de su presencia: hay que estar preparados por si se retrasa y responder de la luz encomendada.

Estamos dejando un mundo a nuestros hijos en el que todo se puede hacer o experimentar, sin esperas inútiles y sin tener que responder por ello. La vida ha dejado de ser prometedora, porque la podemos producir nosotros mismos, a nuestro arbitrio; porque obtiene de ella todo lo que se quiere, siempre que se quiera, al coste que sea. Y por no soportar la espera de lo que es aún mejor de cuanto tenemos, hemos dejado de soñar con un porvenir mejor y vivimos hoy, mayoritariamente, sin esperanza.

Nuestra incapacidad para creer en algo mejor nos ha quitado las ganas de inventarlo, de ir a su encuentro; nadie, en efecto, sale en busca de aquello que no espera. Lo malo es que, pudiendo vivir felices sin tenerlo todo, seguimos viviendo insatisfechos por no haberlo conseguido ya. Y lo peor es que seamos nosotros, hombres de fe, quienes andamos por la vida sin esperar nada nuevo, nada mejor, desilusionados de nosotros mismos y de Dios. No haber obtenido ya todo lo que deseábamos, no debería volvernos desconfiados ni duros; no haber satisfecho toda necesidad, a pesar de tanto esfuerzo hecho, tendría que recordarnos que Dios es el único que puede darnos satisfacción completa. El cristiano puede sentirse dichoso no porque ya tenga todo lo que la vida puede darle, sino porque lo espera todo de su Dios. Y porque *sabe echarle en falta a él en todo cuanto le falta, no se desespera cuando no consigue todo lo que necesita*: sabe ser feliz no por cuanto tiene, sino por lo que espera... ¡Y qué poco hay que tener, para ser dichoso, si cuanto nos falta, basta para llenarnos de esperanza!

Es lo que Jesús en su parábola nos ha querido recordar: no basta con conservar la fe en Dios, si no se mantienen todas nuestras esperanzas en Él. Solo quien estuvo preparado, con las lámparas encendidas y provisto de aceite por lo que pudiera ocurrir, entró con el novio al banquete; todas las doncellas fueron invitadas, pero algunas perdieron su oportunidad por falta de previsión; no fueron lo suficientemente precavidas como para contar con un retraso del esposo; no se prepararon para soportar la espera y no fueron esperadas cuando el novio llegó; por no poder mantener la luz de sus lámparas, no gozaron de la fiesta para ellas preparada. Este es el peligro sobre el que nos advierte Jesús: el retraso de su llegada nos ha vuelto perezosos, nuestro cansancio aumenta más que nuestra esperanza. No creyendo que pueda venir hoy, tampoco le esperamos mañana. Y nuestra luz, como nuestras mejores ilusiones, son para otros, sean proyectos por realizar o personas que querer. Y nuestra vida se hace cada vez menos resplandeciente, más desilusionada.

Como no nos preocupa si, por fin, viene de una vez, tampoco le echamos nunca en falta; y como no nos duele su falta, no nos ponemos a esperarlo. Y así, por haber perdido la esperanza de encontrarlo un día, estamos perdiendo a Dios, poco a poco, sin advertirlo, todos los días: a base de olvidarnos de él hoy un poco más que ayer, porque hoy no hemos conseguido tenerle del todo, desesperamos de poderlo tener. Nos estamos vaciando de Dios, siempre que desesperamos de encontrarlo: echamos de nuestro mundo, y de nuestro corazón, a Dios, porque no soportamos no tenerle ya a nuestra disposición. Y, sin embargo, si alguien tiene razón para esperar un mundo mejor, somos nosotros, que lo confesamos: es parte de nuestra fe. No somos, no deberíamos vivir, como los que no tienen esperanza: saber que él vendrá, nos tiene que hacer fieles en la espera, testigos de nuestra esperanza.

Testigos esperanzados podremos ser, sólo si sentimos que Dios se nos ha quedado lejos; percibir su ausencia es la condición previa para ponerse a esperarlo. El primer paso para convertirnos a la esperanza es, echarle de menos, dolerse por su lejanía, anhelar su retorno. Pero nuestra espera será feaciente, si nos da que hacer, si nos pone a trabajar para preparar su llegada. No deberíamos olvidar que las vírgenes necias se pasaron día y noche esperando, vigilaron hasta que llegó el esposo; su única falta fue su falta de previsión; no se proveyeron lo suficiente como para mantener encendidas sus lámparas; fueron todas vírgenes, como se esperaba de ellas, pero no fueron inteligentes: ¡de bien poco les sirvió tener que esperar tanto, ya que no lograron tener lo que de ellas se esperaba!

El Señor, cuando nos encuentre, invitará a cuantos le esperan, vigilantes y listos, a compartir el gozo y el banquete: los que estén preparados para aguantar su retraso no sólo hoy, también mañana, gozarán de la compañía de su señor. Quien cree de verdad que Dios puede llamar a nuestra puerta en cualquier momento, sabe que ha de estar siempre dispuesto a responder. Tener la certeza de que Dios, y por más que se esté retrasando, como el esposo de la parábola, está ya en camino hacia nosotros, nos tiene que llenar de imaginación el corazón expectante y de quehaceres las manos que le esperan. Que se retrase, no ha de desanimarnos; antes bien, ha de llenarnos de precauciones; que se haga de tarde, que sea ya noche, agudiza la necesidad de vigilar y la imaginación para que no nos pille adormilados.

En definitiva, para esperar a Dios hace falta amarle. Sólo quien lo echa en falta, se pone a esperarlo; y sólo nos falta aquél a quien ya amamos y aún no poseemos. Se espera al amado ausente, no el amor perdido. Se trabaja por el amor aún recuperable y no por el ya muerto. Y aquí, precisamente, puede estar la razón más fuerte de nuestra desesperación y de nuestra necedad: no amamos lo suficiente a Dios como para sentir la falta que nos hace. No amamos a Dios de verdad, si no soñamos el día en que lo encontraremos cara a cara; no amamos a Dios tanto como para hablar de él y hablar con él continuamente, aunque todavía no lo tengamos del todo con nosotros. A quien ama de verdad a quien espera, su retraso no le impide la vigilia, le salva de la inactividad: le quita el sueño, le da nuevas ideas, le llena de recursos para esperarle mejor: le hace más diligente, nunca menos amante.

En un mundo que sabe poco de esperanza, los cristianos, quienes amamos a quien está por venir, tenemos una misión por cumplir: llenar de luz la noche hasta que llegue el día del Señor. ¿Hay alguna misión hoy más urgente que ésta?